

### CAPITULO VIII.

LLEGA EL VIREY A LIMA.—GONZALO PIZARRO SALE DEL CUZCO.—MUERTE DEL INCA MANCO.—CONDUCTA TEMERARIA DEL VIREY.—LA AUDIENCIA LE PRENDE Y LE DEPONE.—GONZALO PIZARRO ES PROCLAMADO GOBERNADOR DEL PERU.

1544.

Mientras pasaban los sucesos referidos en las páginas anteriores. Blasco Nuñez había ido caminando hacia Sima. Pero el desafecto que su conducta había criado entre los colonos, se hizo patente en el frío recibimiento que á veces le hicieron en el camino, y en las pocas comodidades que proporcionaron á él y á su comitiva. En un lugar en que pasó la noche halló sobre la opuerta esta inscripción de mal agüero: "A quien me viniere á quitar mi hacienda, quitarle he la

vida." <sup>1</sup> Sin que nada le arredrase ni le apartase de su propósito, el inflexible virey continuó su marcha hacia la capital, cuyos habitantes precedidos por Vaca de Castro y las autoridades municipales salieron á recibirle. Entró con gran pompa bajo un palio de tela carmesí con las armas de España bordadas en él, cuyas gruesas varas de plata maciza llevaban los regidores. Delante de él iban los maceros, y después de prestar el juramento en las casas consistoriales, pasó la comitiva á la catedral donde se cantó el *Te Deum* y Blasco Nuñez quedó instalado en su nueva dignidad de virey del Perú. <sup>2</sup>

Su primer acto fué hacer pública su determinación respecto á las ordenanzas. No venia au-

<sup>1</sup> Herrera, Hist. General, dec. 7, lib. 7, cap. 18.

<sup>2</sup> "Entró en la ciudad de Lima á 17 de Mayo de 1544: salióle á recibir todo el pueblo á pié y á caballo dos tiros de ballesta del pueblo, y á la entrada de la ciudad estaba un arco triunfal de verde con las Armas de España, y las de la misma ciudad; estaban le esperando el Regimiento y Justicia, y oficiales del Rey con ropas largas, hasta en pies de carmesí, y un palio del mismo carmesí aforrado en lo mismo, con ocho baras guarnecidas de plata y tomaronle debajo todos á pié, cada Regidor y Justicia con una bara del palio, y el Virrey en su

caballo con las mazas delante, tomaronle juramento en un libro misal, y juró de las guardar y cumplir todas sus libertades y provisiones de S. M.; y luego fueron desta manera hasta la iglesia, salieron los clérigos con la cruz á la puerta y le metieron dentro cantando *Te deum laudamus*, y después que obo dicho su oración, fué con el cabildo y toda la ciudad á su palacio donde fué recibido y hizo un parlamento breve en que contentó á toda la gente." Relacion de los sucesos del Perú desde que entró el virey Blasco Nuñez acaecidos en mar y tierra, MS.

torizado para suspender su ejecucion, y estaba resuelto á cumplir su encargo; pero ofrecia unirse á los colonos para dirigir al emperador un memorial pidiendo se revocasen unas leyes que ya conoia no serian de provecho para el país ni para la corona.<sup>3</sup> Es extraño que habiendo manifestado este modo de pensar, no quisiese Blasco Nuñez cargar con la responsabilidad de suspender las leyes, hasta que el soberano estuviese impuesto de las consecuencias que sin remedio deberian seguirse, si se persistia en llevarlas á efecto. El bajá de un déspota turco que se hubiese tomado esta libertad en servicio de su señor, podia contar ciertamente con el fatal cordon. Pero el ejemplo del prudente virey de México, Mendoza, que tomó este partido en una crisis semejante y precisamente en la misma época, mostró su conveniencia en las actuales circunstancias. El suspendió las órdenanzas hasta que se impusiese al emperador de las consecuencias que podrian seguirse si se empeñaba en ejecutarlas, y México se libertó de una revolucion.<sup>4</sup> Pero Blasco Nuñez no era tan sábio como Mendoza.

Los recelos del público estaban muy lejos de disiparse. Se formaban intrigas secretas en

3 "Porque llanamente el con- Perú, lib. 5, cap. 5.  
fesaba, que así para su Magestad, 4 Fernandez, Hist. del Perú,  
como para aquellos Reinos, eran Parte I, lib. 1, cap. 2, 5.  
perjudiciales." Zárate, Conq. del

Lima y se mantenía correspondencia con varias ciudades. No se introdujo, sin embargo, la menor desconfianza en el pecho del virey, y cuando le informaron de los preparativos que hacia Gonzalo Pizarro, no tomó otra medida que enviarle un mensaje á su campo, dándole parte de los amplios poderes que traia, y exigiéndole que deshiciese sus tropas. Creia, segun se ve, que una sola palabra suya bastaria para disipar la rebelion. Pero se necesitaba algo mas que un soplo para dispersar la férrea soldadesca del Perú.

Gonzalo Pizarro en el entretanto se ocupaba activamente en formar su ejército. Su primer paso fué mandar traer de Guamanga diez y seis piezas de artillería enviadas allí por Vaca de Castro, quien no habia querido fiar estos instrumentos de [destruccion á la versátil gente del Cuzco en aquellas circunstancias. Gonzalo, que no se andaba con escrúpulos en cuanto al trabajo de los Indios, tomó seis mil para que le pasasen su tren de artillería por las montañas.<sup>5</sup>

Gracias á sus propias diligencias y á las de sus amigos, contaba á poco el activo capitán con una fuerza de cerca de cuatrocientos hombres, que aunque no muy imponente al pronto, confiaba en que se engrosaria en su bajada á la cos-

5 Zárate, Conq. del Perú, lib. 5, cap. 8.

ta con las levas que hiciese en las ciudades y pueblos del tránsito. Gastó cuanto dinero tenía en habilitar su gente y en los preparativos de la marcha; y para completar lo que faltaba no se detuvo en apoderarse de los caudales de la tesorería real, puesto que según él decía se trataba del bien público. Con este oportuno auxilio, sus tropas, bien montadas y provistas de todo, quedaron completamente listas para la campaña; y después de dirigirles una breve arenga en que tuvo cuidado de repetir que su empresa solo tenía un carácter pacífico, lo cual no se avenía muy bien con sus preparativos militares, salió Gonzalo Pizarro de los muros de la capital.

Antes de salir de ella recibió un refuerzo importante en la persona de Francisco de Carbajal, el veterano que hizo un papel tan importante en la batalla de Chupas. Se hallaba en Charcas cuando llegaron al Perú las noticias de las ordenanzas, y al punto resolvió abandonar el país y regresar á España, convencido de que el Nuevo Mundo ya no era la tierra que él buscaba, es decir, las Indias llenas de oro. Realizó todos sus bienes y se dispuso á embarcarse con su dinero en el primer buque que se proporcionara. Pero no se le presentó ninguna oportunidad, y ahora ya no podía tener esperanza de eludir la vigilancia del virey. Con todo, aunque Pizarro le convidó con el empleo de tenien-

te suyo en la presente expedición, el veterano lo rehusó, diciendo que ya tenía ochenta años, y que deseaba volverse á su patria, para pasar tranquilamente los pocos días que le restaban de vida.<sup>6</sup> Mejor le hubiera estado el haber persistido en su negativa. Mas cedió al fin á las instancias de su amigo, y el breve espacio que le quedó de vida, fué bastante largo para cubrir su nombre de eterna infamia.

A poco de haber salido del Cuzco, supo Pizarro la muerte del Inca Manco. Fué asesinado por unos españoles de la facción de Almagro, que después de la derrota de su joven capitán se habían refugiado en el campamento de los Indios. Estos á su vez acabaron con todos los Españoles. Es imposible determinar á quien debe echarse la culpa de la pendencia, porque no habla de ella ninguno de los que allí se hallaban entonces.<sup>7</sup>

La muerte de Manco Inca, con cuyo nombre era comunmente conocido, es un suceso que no debe pasarse en silencio en la historia del Perú, pues puede decirse que fué el último de su estirpe, á quien animó el espíritu heroico de los antiguos Incas. Aunque colocado por Pizarro en el trono, lejos de resignarse á ser un mero

<sup>6</sup> Herrera, Hist. General, dec. Conq., MS.—Garcilaso, Com. 7, lib. 7, cap. 22. Real. Parte. 2, lib. 4, cap. 7.

<sup>7</sup> Pedro Pizarro, Descub, y

instrumento suyo, pronto dió á entender el Inca Manco que su suerte no habia de estar ligada á la de los vencedores. Viendo desplomarse en derredor suyo las antiguas instituciones de su país, peleó todavía con valor como Guatimozin, el último de los Aztecas, para sostener el vacilante edificio ó enterrar á los opresores bajo sus ruinas. Con el ataque dado á su capital del Cuzco, en que redujo á escombros una gran parte de ella, atajó los vuelos á las armas de Pizarro, y por algun tiempo estuvo suspensa la suerte de los conquistadores en la balanza del destino. Aunque rechazado al fin por la mayor inteligencia de su adversario, el jóven indio conservó el mismo espíritu indomable. Se retiró á las guaridas de sus montañas nativas, y saliendo de ellas cuando la ocasion se presentaba, caía sobre las caravanas de viajeros, ó sobre las partidas sueltas de tropa. En caso de una guerra civil ayudaba con sus fuerzas á la parte mas débil, prolongando de este modo la lucha del enemigo, y saciando su sed de venganza con el espectáculo de sus desdichas. Moviéndose ligeramente de un lugar á otro, se burlaba de sus perseguidores en las asperezas de las cordilleras, y rondando por las cercanías de las ciudades ó emboscándose en los caminos, consiguió el Inca Manco que su nombre fuese el terror de los Españoles. Muchas veces le propusieron

condiciones para un acomodo, y todos los gobernadores, hasta Blasco Nuñez, trajeron instrucciones de la corona para reducir al temible guerrero por cuantos medios estuviesen á su alcance. Pero Manco no confiaba en las promesas de los blancos, y quiso mas bien conservar en las montañas su agreste independenciam con los pocos valientes que le acompañaban, que vivir como esclavo en la tierra que en otro tiempo reconoció la soberanía de sus mayores.

Con la muerte del Inca Manco faltó uno de los principales pretextos para los preparativos militares de Pizarro; pero influyó en él muy poco, segun puede cualquiera imaginarse. Mas impresion le causó el habersele desertado algunos soldados en los primeros dias de la marcha. Varios caballeros del Cuzco asustados al verle apoderarse sin mas formalidad de los fondos públicos y al observar el aspecto hostil que tomaban las cosas, conocieron al parecer por la primera vez que iban en camino para una rebelion. Algunos de ellos acompañados de ciertos vecinos principales, se apartaron secretamente del ejército y corrieron á Lima á ofrecer sus servicios al virey. Las tropas se desanimaron con esta desercion: aun el mismo Pizarro vaciló por un momento en su propósito, y pensó retirarse á Charcas con unos cincuenta compañeros, para desde allí tratar de ajuste con el gobierno. Pe-

ro una poca de reflexion, ayudada de las razones del animoso Carbajal que nunca volvia la espalda á ninguna empresa, una vez comenzada, le convenció de que habia adelantado demasiado para retroceder, y de que su única esperanza consistia en ir adelante.

Aumentó su confianza otra muestra mas clara de la opinion pública que recibió poco despues. Un oficial llamado Puelles que mandaba en Guanuco, se le unió con una partida de caballería que le habia confiado el virey. A esta defeccion se siguieron otras, y al bajar Gonzalo á los llanos, vió irse aumentando gradualmente sus fuerzas, hasta contar doble número del que tenia cuando salió de la capital india.

Al ir atravesando con mas desahogo por el ensangrentado llano de Chupas, Carbajal le señalaba los diversos sitios del campo de batalla, y Pizarro podia haber hallado materia para profundas reflexiones meditando sobre la suerte de un rebelde. En Guamanga le recibieron los vecinos con los brazos abiertos, y muchos se apresuraron á alistarse en sus banderas, pues temblaban por sus propiedades, oyendo ponderar por todas partes el carácter inflexible del virey.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Fernandez, Hist. del Peru, dec. 7. lib. 8, cap. 5, 9.—Carta Parte 1, lib. 1, cap. 14, 16.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 5, cap. 9, 10.—Herrera, Hist. General, del Perú, MS.

Este magistrado comenzó ya á conocer que se hallaba en una posicion crítica. Antes de que se verificarse la traicion de Puelles, mencionada arriba, recibió algunos avisos vagos de su intento, y aunque apenas les daba crédito, envió con gente á un capitan suyo llamado Diaz para que le atajase. Pero aunque este caballero salió con mucho empeño á su comision, pronto consiguieron de él que imitase el ejemplo de su camarada, y con la mayor parte de la gente que llevaba se pasó al enemigo. En las discordias civiles de este desgraciado pais, los hombres cambiaban con tanta facilidad de partido, que el hacer traicion á su gefe, ya casi no era una mancha en el honor de un caballero. Todos, no obstante, cualquiera que fuese el partido en que se alistasen, se jactaban de ser leales vasallos de la corona.

Viéndose así engañado por sus propios oficiales, y por aquellos al parecer mas fieles, llegó Blasco Nuñez á sospechar de cuantos le rodeaban. Sus sospechas recayeron por desgracia sobre algunos de los que merecian mas su confianza, y entre ellos sobre su antecesor Vaca de Castro. Este sujeto se habia conducido en la delicada posicion en que se encontraba, con su acostumbrada prudencia y con la mayor integridad y honradez. Habia hablado largamente con el virey, y bien le hubiera estado á Blasco Nu-

ñez si supiera aprovecharse de su experiencia. Pero la altura del puesto en que se veía colocado le desvanecía, y tenia formado un concepto demasiado alto de su propia discrecion para hacer mucho caso de los consejos de su experimentado predecesor. El virey sospechó de él que mantenía una correspondencia secreta con sus enemigos del Cuzco; sospecha que segun parece no tuvo otro fundamento que la amistad particular que profesaba Vaca de Castro á estos individuos, segun era público. Mas para Blasco Nuñez lo mismo era la sospecha que la certidumbre; mandó, pues, prender á Vaca de Castro y que se le pusiese á bordo de uno de los buques que habia en el puerto. A este paso avanzado se siguió el arresto y encierro de otros varios caballeros, acaso por motivos igualmente frívolos.<sup>9</sup>

Dirigió entonces su atencion al enemigo, y apesar del mal éxito de su primera tentativa no desesperaba de conseguir algo por medio de negociaciones. Envió, pues, otra embajada al campo de Pizarro presidida por el obispo de Lima con promesas de una amnistía general, y otras proposiciones mas lisonjeras para el comandante. Pero este paso, sobre hacer pública su fla-

<sup>9</sup> Zárate, Conq. del Perú, dez, Hist. del Perú, Parte 1, lib. 5, cap. 3.—Pedro Pizarro. 1, cap. 10. Descub. y Conq., MS.—Fernan-

queza, no tuvo mejor éxito que el precedente.<sup>10</sup>

Visto esto por el virey comenzó con actividad sus preparativos para la guerra. Su primera diligencia fué poner á la capital en estado de defensa, aumentando sus fortificaciones y formando parapetos en las calles. Mandó hacer un alistamiento general de los vecinos y pidió gente á las ciudades comarcanas, que anduvieron algo remisas en acudir á su llamado. Alistó en el puerto una escuadra de ocho ó diez velas, para obrar de concierto con las fuerzas de tierra. Quitó las campanas de las iglesias y las empleó en fabricar mosquetes;<sup>11</sup> y se hizo de dinero tomando los quintos reunidos en la tesorería real. Ofreciéronse á los soldados enganches escesivos, y segun las exorbitantes sumas que pagó por mulas y caballos, se viene á conocer que el oro, ó mas bien la plata, era la mercancía de menos valor en el Perú.<sup>12</sup> Con estas diligencias

<sup>10</sup> El obispo Loaysa fué despojado de sus papeles y ni siquiera le permitieron pasar al campamento, por temor de que su presencia hiciese vacilar la constancia de los soldados. (V. Relacion de los sucesos del Perú, MS.) La relacion de este suceso ocupa mas espacio del que merece en la mayor parte de las autoridades.

<sup>11</sup> "Hizo hacer gran copia de acabuces, así de hierro, como

de fundicion, de ciertas campanas de la Iglesia mayor, que para ello quitó." Zárate, Conq. del Perú, lib. 5, cap. 6.

<sup>12</sup> Blasco Nuñez pagó, segun Zárate que debia saberlo bien, doce mil ducados por treinta y cinco mulas.—"El Visorrei les mandó comprar, de la Hacienda Real, treinta y cinco machos, en que hiciesen la Jornada, que costaron mas de doce mil ducados." (Zárate, Conq. del